

LA COMIDA Y SU RELACIÓN CON “EL CASO” EN LAZARILLO DE TORMES

Prof. Dr. Santiago García-Castañón

Catedrático de Literatura Española, Departamento de Lenguas
Western Carolina University, USA
E-mail: sgarcia@wcu.edu

RESUMEN

Con el *Lazarillo de Tormes* se inaugura el género de la novela picaresca. Las “fortunas y adversidades” a que se refiere el título completo están en íntima relación con la capacidad de supervivencia (de subsistencia) del protagonista. El móvil del relato son precisamente las penurias que pasa Lázaro a lo largo de toda su vida desde su infancia. Sin su hambre y sus carencias, Lázaro no habría aceptado el concubinato de su esposa y no habría tenido que escribir este relato autobiográfico para justificar ante “Vuestra Merced” la degradación moral en que vive al final, cuando, según su opinión, ha llegado a “la cumbre de toda buena fortuna”.

Palabras clave: alimentación, bebida, comida, hambre, pícaro.

ABSTRACT

Lazarillo de Tormes initiates the genre known as the picaresque novel. The “fortunes and adversities” to which the longer title refers are closely related to the protagonist’s ability to survive (and subsist). The motive that triggers the story is Lázaro’s necessities throughout his life. Without his hunger, Lázaro would have never accepted his wife’s blatant infidelity and would not have had to write the autobiographical account to justify to “Your Mercy” the moral degradation in which he finds himself in the end, when, in his own words, he has reached “the summit of all good fortune”.

Keywords: diet, drink, food, hunger, rogue.

Entendemos por comida el conjunto de sustancias nutritivas que se ingieren con el propósito de conservar la vida, generar energía y facilitar el desarrollo, el mantenimiento y la salud del cuerpo.¹ Pero la ingesta de viandas y de bebidas también es uno de los placeres del ser humano, y por el contrario, la renuncia a ellos es un acto de penitencia, como queda patente en el pasaje de Jesús en el desierto:

Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al final tuvo hambre. El tentador se acercó y le dijo: “Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”.²

Y es que la comida y la bebida son, además de una necesidad vital, una fuente de placer, su privación forzosa un acto de crueldad y su renuncia voluntaria un sacrificio. Todo ello está reflejado en la literatura española desde fechas tempranas. En la literatura española medieval el ejemplo más antiguo se halla en Gonzalo de Berceo:

Sant Johan el Baptista, luego en su niñez
abrenunció el vino, sizra, carne e pez,
fuyó a los desiertos, donde ganó tal prez...³

Aproximadamente un siglo después, Juan Ruiz, que de los menesteres de la vida parecía saber mucho, escribió que:

Como dice Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera
por aver mantenencia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra placentera.⁴

No es que lo diga yo, se apresura a añadir el arcipreste con un guiño malicioso, es Aristóteles quien lo dice. Y es que de todas las actividades humanas ninguna tiene tanta trascendencia como el sexo y la comida.

Muy pocas actividades o funciones del ser humano tienen tanta importancia como la gastronomía. Tal vez sea cierto, como nos cuenta el libro del Génesis, que “en el principio fue el verbo”, pero una vez creada la vida, del modo que fuere, solo el sexo y la comida hacen posible su conservación, así que el Arcipreste de Hita y Aristóteles tenían razón:

- 1 “Lo que se come y bebe para nutrirse”. *Diccionario de la Lengua Española*, 23ª ed. 2 vols. (Madrid: Espasa, 2014).
- 2 Mateo 4: 1-3. *La Santa Biblia*. (Madrid: San Pablo, 1989); p. 1406.
- 3 Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos* (estr. 53)
- 4 Juan Ruiz, *Libro de Buen Amor*, ed. Jacques Joret; 2 vols (Madrid: Espasa-Calpe, 1974); vol 1, p. 36. Retengo la ortografía arcaica que conserva el editor moderno.

la comida es el instrumento que permite la supervivencia de la especie humana. Y la comida ya ocupó la atención de los estudiosos desde la Edad Media. Una de las primeras referencias que hallamos en este campo es el *Arte cisoria* (1423), de Enrique de Villena, que trata de los rituales relacionados con las celebraciones gastronómicas de la época. De unas décadas después es el *Libre del coch* (1490), de Ruperto de Nola, un compendio de más de doscientas recetas, que fue muy popular y que constituye un valioso testimonio de lo que comían los españoles de la época. A principios del siglo XVI surgió una cierta preocupación sobre la salud y su relación con la comida. En este contexto destacan el *Vanquete de nobles caballeros* (1530), de Luis Lobera de Ávila, y el *Regimiento de Sanidad para todos los géneros de alimentos* (1586), de Francisco Núñez de Coria. Al final de la obra se afirma taxativamente que “para conseguir una buena salud son precisos bebida, comida, ejercicio, baño, sueño y uso venéreo”. O sea, comer, beber, bañarse, hacer ejercicio, dormir y tener sexo. Buena vida era esa.

A finales del XVI tenemos el *Libro de Arte de Cocina* (1599), de Diego Granado Maldonado, y ya en el XVII, el *Libro del Arte de Cocina* (1607), de Domingo Hernández Maceras, y el *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería* (1611), de Francisco Martínez Montañón, obra que gozó de enorme popularidad y de la que se hicieron veintiséis reimpressiones en los casi doscientos años que van desde la edición príncipe de 1611 hasta finales del siglo XVIII.

La alimentación de los siglos XVI-XVII se sustentaba sobre tres pilares: pan, carne y vino. El pan y el vino eran alimentos generales y así se recoge en la sabiduría popular en el refranero: “Con pan y vino se anda el camino”. Pero la carne era un alimento prohibitivo para la mayoría de los españoles de la época, y los estamentos sociales más bajos solo consumían grosura, casquería y carne de mala calidad.

La comida y la bebida tienen un tratamiento importante en la literatura del Siglo de Oro, tanto en las obras canónicas (los ejemplos son particularmente abundantes en la novela picaresca), como en opúsculos y tratados de menor difusión. En el inicio de *Don Quijote*, cuando Cervantes quiere definir a su personaje, nos explica con más detalle lo que comía que su nombre, edad o lugar de residencia. No sabemos cuál era el “lugar de la Mancha”, ni el nombre real o la edad del hidalgo, pero Cervantes nos cuenta con todo tipo de detalles la base de su alimentación. Y es que las viandas que ingería el hidalgo cincuentón eran consecuencia directa de su condición social y su capacidad económica. Y a lo largo del libro, cuando Cervantes quiere dejar claro el poder económico de algún personaje, siempre lo hace ser anfitrión de un banquete o celebración gastronómica (don Diego Miranda, las bodas de Camacho, los duques...)

También pueden hallarse numerosas referencias a los platos de la época en comedias, entremeses, novelas y tratados de muy diverso tipo, sobre todo en misceláneas y obras didácticas, como es el caso de los *Diálogos* de Juan Luis Vives o los *Coloquios* de Pedro Mexía, en que se ofrecen descripciones detalladas de banquetes en los que abunda la comida, y todo ello para reprobar los excesos de tales celebraciones, que lógicamente

solo estaban al alcance de los más pudientes.

En ocasiones el consumo de comida está asociado a lo festivo y carnavalesco. Esto puede apreciarse en numerosas comedias burlescas, pobladas de grandes tragones que devoran con desmesura todo tipo de viandas. Ejemplo de ello son algunos entremeses de Luis Quiñones de Benavente o poemas de Quevedo, entre cuyas obras mencionaremos la *Boda y acompañamiento del campo*, un poema burlesco cuyos personajes son productos comestibles, como las naranjas, el melón, el pepino o el nabo.

Pero pasemos al *Lazarillo de Tormes*...

A lo largo de la historia de Lázaro encontramos abundantes referencias a la comida y la bebida, como ya han señalado otros estudiosos, aunque frecuentemente el pobre muchacho no puede catar ni una ni otra. En este trabajo argumentaré que es precisamente la comida el móvil de todo el relato autobiográfico de Lázaro.

Prólogo

Ya desde el prólogo, se nos asegura “lo que uno no come, otro se pierde por ello”.⁵ Y debemos considerar que Lázaro era de los que se perdían por comer lo que otros dejaban. La carencia de comida va a ser una constante de la vida del mozo y uno de los factores que van a justificar “el caso”, el quid de la cuestión, los cuernos que acepta al final, cuando consiente que su esposa le haga la cama -y se la deshaga- al arcipreste de San Salvador.

1. A. La familia

Desde su más tierna infancia, Lázaro aprende el valor de la comida, tal vez porque en su hogar nunca fue abundante. De hecho, su padre, que era molinero, se veía obligado a hurtar una parte del grano que molía. Tras enviudar, la madre de Lázaro “metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes...” (15), hasta que apareció Zaide, el caballero morisco que “algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana” (16). A pesar del rechazo inicial que siente por el morisco, Lázaro pronto cambia de opinión y es a causa de la comida: “mas de que vi que su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños” (17). Así que

5 Anónimo. *Lazarillo de Tormes*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Cátedra/Letras Hispánicas, 1987; p. 4. Todas las citas subsiguientes vendrán de esta edición.

Lázaro acepta a Zaide, el morisco amante de su madre, porque proporciona la comida que la familia necesita. Pero la presencia del morisco y sus transgresiones legales van a desencadenar otros serios acontecimientos, entre ellos el que Lázaro entre al servicio del ciego.

1. B. El ciego

Una vez al servicio del ciego, Lázaro aprende la dura realidad: que tampoco con este amo va a comer en abundancia. Es cierto que el ciego no le niega la comida, sino que comparte con él lo poco que tiene.

Algunos estudiosos han querido ver en las referencias a nabos y longanizas cierta actividad sexual entre el ciego y Lazarillo,⁶ pero a pesar de tener ciertamente connotaciones fálicas, no hay nada en el relato, ni explícita ni implícitamente, que apunte en esa dirección. Eso vendrá después... Lo que sí es cierto es que el ciego alimenta a su criado como buenamente puede y hasta le da vino, al cual el mozo pronto se aficiona.

2. El clérigo de Maqueda

El clérigo de Maqueda es el primer personaje que aparece en la novela perteneciente al estamento eclesial y por cierto que no acaba muy bien parado. Lejos de practicar la caridad (una de las tres virtudes teologales, junto con la fe y la esperanza), el mezquino sacerdote niega a Lázaro lo más básico y mantiene la comida encerrada bajo llave en un arcón. La comida (o el deseo de obtenerla) es lo que provoca los acontecimientos de este tratado, de modo que los alimentos juegan un papel esencial no solo para la propia subsistencia de Lázaro, sino en el desarrollo del relato, al empujar a Lázaro a engañar arteramente a su amo haciéndose con una llave que abre el arcón. Giancarlo Maiorino afirma que “Lázaro had no choice other than to steal from the priest because the priest starved him”.⁷ Yo no considero que se trate de un robo (“hurto” es vocablo que se ajustaría más a la definición legal de nuestros días), ya que a Lázaro no le queda otra alternativa que tomar mediante engaño aquello que injustamente se le niega.

6 Esta es la postura que defiende Javier Herrero, “The Great Icons of Lazarillo: The Bull, the Wine, the Sausage, and the Turnip”, *Ideologies and Literature* 1:5 (1978): 3-18; especialmente 12-15.

7 Giancarlo Maiorino, *At the Margins of the Renaissance: Lazarillo de Tormes and the Picaresque Art of Survival*. University Park: The Pennsylvania State UP, 2003; p. 25.

Así describe Lázaro la situación en casa del clérigo:

Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave [...], y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras; algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran [...]. Solamente había una horca de cebollas [...]. Destas tenía yo de ración una para cada cuatro días... (47-48)

Frente a este cuarto de cebolla que Lázaro recibe como única alimentación, el clérigo se llena la panza del siguiente modo:

Pues, ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía conmigo del caldo, que de la carne, ¡tan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y ¡pluguiera a Dios que me demediara! Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero [...]. Aquella le cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato diciendo: “*Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa.*” (49-50)

Maiorino considera que el cura representa un estamento social cuya única preocupación es evitar el hurto de alimentos en vez de transformar las estructuras de la sociedad que hacen posible que muchos no tengan comida (Maiorino 25). Está claro que Lázaro (si hemos de creer su relato) obró obligado por el hambre, por un “estado de necesidad” que, según el ordenamiento jurídico español de la actualidad, es una circunstancia eximente que elimina la culpa en la comisión de un delito. De modo que Lázaro se las arregla para “vencer” las trampas de ratones y acceder a la ansiada comida del arcón. Las trampas físicas son una representación, una sinécdoque de las trampas de la sociedad, que para este punto, Lázaro ya ha aprendido a sortear.

En una España depauperada y famélica, la abundancia de comida se veía como un signo de opulencia y se asociaba a estamentos sociales más privilegiados, como queda patente de las palabras del clérigo: “*Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa.*”

Lo que hace más cruel e incomprensible el comportamiento del clérigo es la mezquindad con que trata a Lázaro frente a los excesos que se permite a sí mismo. De hecho, el listado de las viandas que ingiere este cura es una muestra de su voracidad. Como quedó dicho al principio de esta presentación, la carne no estaba al alcance de la mayoría de los españoles de la época. El clérigo de Maqueda la consume en abundancia, con un exceso que roza la gula y recordemos que la gula es uno de los siete pecados capitales. Para Santo Tomás de Aquino se trata de un deseo desmesurado de comer y beber, y ha de evitarse porque disminuye la capacidad racional del ser humano, provoca un placer desmedido y es causa de un comportamiento inadecuado y de una deficiente

higiene corporal.⁸

Si creemos las palabras de Lázaro (pero hay que dudar de su veracidad), el clérigo se come prácticamente un carnero entero los sábados, tal vez para compensar con el ayuno del día anterior. A Lázaro le da tan solo “los huesos roídos”, y a ello añade con crueldad verbal el malévolos comentario de la “buena vida” que lleva Lázaro, para sentenciar que “...los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros.” (52) Y sin embargo sabemos que en los funerales y velatorios este clérigo glotón se ponía ciego de comida: “Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador.” (52) Y es precisamente en estas ocasiones cuando Lázaro tiene oportunidad de alimentarse bien: “Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban.” (52-53) Pero lamenta que en los seis meses que estuvo al servicio del clérigo solo murieron unas veinte personas: “... en todo el tiempo que allí estuve, que serían cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, o, por mejor decir, murieron a mi recuesta...” (53)

De modo que Lázaro depende de los funerales para comer bien, y así desea que haya más muertes en el pueblo. Parece ser que sus ruegos no son atendidos (veinte muertos en medio años) y solo pudo comer una comida “de verdad” cada nueve días, o sea, menos de una vez a la semana.

Todas estas cuitas se acaban cuando Lázaro se hace con una llave que abre el arcón y accede al tan ansiado contenido:

Yo, por consolarme, abro el arca y, como vi el pan, comencé de adorar, no osando rescebilllo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos, y, lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado. (58-59)

En este episodio la comida también hace la función de moneda de cambio, ya que Lázaro paga al calderero que le proporcionó la llave con un bollo de pan: “ ‘Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago.’ Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y, dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.” (56)

En este tratado segundo, la comida es el móvil de todo cuanto sucede. Sí en el episodio del ciego, la comida era un elemento auxiliar (aunque importante), aquí se convierte en el elemento central del relato. Por culpa de la carencia de comida, Lázaro se ve obligado al hurto y a causa de este recibe los golpes del clérigo y su consiguiente despido de él.

8 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, v. 44 131,133).

3. El escudero

La comida brilla por su ausencia en el tercer tratado. Lázaro pasa el primer día con el escudero sin comer hasta que saca tres bollos de pan duro para matar el hambre. El escudero le arrebató el mayor de ellos y lo engulle con voracidad. Este es el momento en que Lázaro comprende que su tercer amo tampoco va a ser pródigo en darle alimentos. El escudero está más preocupado por la higiene de las manos, rasgo característico de los cristianos viejos y los hidalgos, para quienes el trabajo causaba inevitablemente cierta suciedad a quienes trabajaban con las manos. El escudero, que desdeña todo tipo de trabajo, muestra una preocupación desmedida por la “limpieza” y por las apariencias.

Helen Reed defiende la hipótesis de que en el tercer tratado (el del escudero) y en el quinto (el del buldero) la presencia de la comida tiene connotaciones sexuales, y llega a afirmar que la lechuga y las frutas que recibe del buldero describen órganos sexuales y hacen que el lector establezca una clara asociación entre comida y sexo.⁹ Debo de ser un lector muy obtuso o muy ingenuo porque yo no veo nada de eso. Más plausible me parece la postura de Víctor Moreyra, que relaciona la actitud de los amos de Lázaro con los pecados capitales.¹⁰

4. El fraile de la Merced

En el cuarto tratado, Lázaro entra al servicio de un fraile mercedario. La Orden Real y Militar de Nuestra Señora de la Merced y la Redención de los Cautivos, conocida como Orden de la Merced, fue fundada en 1218 para la redención de los cristianos cautivos en manos de musulmanes (recordemos que Cervantes fue liberado gracias al rescate que juntaron los frailes de esta orden). Sus miembros hacían cuatro votos, en vez de los tres tradicionales de otras órdenes. Pero el fraile de este tratado cuarto incumple sus votos (ciertamente el de castidad). Sin embargo, no hay en este tratado ninguna referencia a la comida. Dejo al criterio del lector el imaginarse lo que este fraile mundano daba de “comer” al joven Lázaro. Recordemos que los dos placeres de la vida, como quedó dicho al principio, son la comida y el sexo. Lázaro no se queja de la falta de alimentación, seguramente porque sus quejas eran de otro tipo.

9 Helen H. Reed, “*Dining with Lazarillo: The Discourse of Pleasure in “Lazarillo de Tormes”*”; *Crítica hispánica*, 19:1-2 (1997): 57-74; especialmente 66-67.

10 Víctor Moreyra, “Los vicios capitales en la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino: la gula”. http://www.mercaba.org/ARTICULOS/V/VICIOS/gula_moreyra.htm

5. El buldero

El buldero utiliza ciertos alimentos como moneda de cambio para ganarse el favor y la complicidad de los curas rurales. Por medio de lechugas, limas, naranjas, melocotones, duraznos y peras, el buldero soborna a las curas en cuyas parroquias espera hacer buen negocio con la venta de sus falsas bulas. El uso de alimentos como instrumento de trueque es propio de sociedades en que las personas sufren carencias. En la España del siglo XVI esto era evidente. De nuevo, Helen Reed quiere ver en la mención a estas frutas inocuas una referencia a órganos sexuales, aunque no hay nada en el episodio con el buldero que apunte fehacientemente en esa dirección.

6. El capellán

Lázaro nos cuenta muy poco de su sexto amo, a pesar de estar a su servicio por espacio de cuatro años, tiempo muy dilatado que la voz narrativa se despacha en media página. “Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida”. (126) Inferimos que con este amo Lázaro no pasó hambre, que no es poco... Sin embargo, los silencios de Lázaro -y su memoria selectiva- son muy elocuentes.

7. El alguacil y el arcipreste

En el tratado séptimo, y tras un breve tiempo al servicio de un alguacil, Lázaro establece su relación profesional con el arcipreste de San Salvador, quien, además de darle trabajo, le proporciona una esposa; igualmente recibe del arcipreste “todo favor y ayuda”, lo que incluye la criada del clérigo, que Lázaro toma por esposa:

Y así, me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido, porque, allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da, en veces, al pie de una carga de trigo; por las Pascuas, su carne; y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. E hizonos alquilar una casilla par de la suya; los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad. (132)

La mujer de Lázaro entra en casa del arcipreste para hacerle la cama y guisarle de comer. Es su criada, pero por Toledo corre el rumor como un reguero de pólvora de

que esa relación encierra algo más... Llegados a este punto, Lázaro describe su vida, muy diferente de lo que nos contó a lo largo del relato. Tras una infancia mísera y abundante en privaciones, violencia y engaños, ahora es un hombre casado, tiene un empleo, una morada, comida... De modo que al final del relato, Lázaro tiene cubiertas sus necesidades básicas. Lo de menos, según él, es “el caso”, ese asuntillo que dicen que su esposa tiene con el arcipreste de San Salvador, que es quien le proporciona el empleo, la vivienda y el medio de subsistencia. A eso precisamente: a la casa, la comida y la bebida se limita lo que un Lázaro endurecido y cínico, espera de la vida. Durante toda su vida Lázaro ha padecido mil penurias, entre ellas el hambre. Y ahora que tienen comida en abundancia no va a pararse en el detalle insignificante de los cuernos...

En conclusión, como señaló hace tiempo Francisco Rico, es cierto que el móvil del *Lazarillo de Tormes* es “el caso”, el espinoso asunto en el que están involucrados el pregonero de vinos, su esposa y el arcipreste de San Salvador, para quien Lázaro trabaja, y sobre el cual una alta dignidad (“Vuestra Merced”) le pide explicaciones al pregonero. Sin embargo, el astuto Lázaro utiliza la comida, o la ausencia de comida, como *Leitmotiv* de su existencia, con el fin de provocar la lástima (y acaso el perdón) del misterioso personaje “Vuestra Merced”. La comida, así, adquiere una importancia crucial en el relato precisamente porque también la tiene en la vida, sobre la cual trata esta novela (*La vida de Lazarillo...*) Puesto que la vida no es posible sin alimentación, Lázaro enfatiza lo escasa que fue la suya a lo largo de su existencia y cómo, por el contrario, su búsqueda se convirtió en algo cotidiano y recurrente hasta el punto de modelar su personalidad.

Al final, asentado como pregonero de vinos en Toledo, casado con una moza de buen ver, residente en una casa de la ciudad, Lázaro se halla “en la cumbre de toda buena fortuna”. Gracias al arcipreste tiene un empleo, y también gracias a él tiene comida y sexo, los dos componentes básicos de la existencia, si hemos de creer al arcipreste de Hita, a quien cité al principio. Ahora por fin puede “comer” y no va a rasgarse las vestiduras por el hecho de que del mismo plato que él come lo haga también el taimado arcipreste de San Salvador. A ninguno de los dos le falta la comida. Esta insólita relación que se estableció entre el clérigo, su empleado y su sirvienta es la “comidilla” de Toledo, si se me permite el juego de palabras.

Pero hay algo terriblemente moderno -o tal vez tan antiguo como la propia humanidad- en ese punto del relato: Lázaro y su esposa se han adelantado en cuatrocientos años a la práctica de este estilo de vida alternativo; la esposa de Lázaro es una *hot wife* que se acuesta con el arcipreste con el pleno consentimiento de su marido, desafiando las convenciones sociales y hasta el ordenamiento legal de la época, que penaba severamente esos actos de adulterio, aunque fuera consentido.

Ya para concluir, quedémonos con esta frase de Lázaro que cité al principio: “lo que uno no come, otro se pierde por ello”. El arcipreste le da de comer a Lázaro y este, a su manera, también le facilita a su jefe otro manjar que él tiene y que el clérigo desea, ese

cuerpo que los dos “comen” a turnos, entregados a un estilo de vida que escandalizaría incluso a la sociedad de nuestros días.

La diferencia entre el Lázaro niño pasando penurias en Salamanca y el Lázaro adulto viviendo “en la cumbre de toda buena fortuna” en Toledo es que de niño no tenía comida y ahora la tiene. Todo lo demás es -podría decirse- circunstancial; lo demás es lo que Lázaro nos cuenta, seguramente plagado de mentiras, para justificar el “caso”. Así, lejos de ser un elemento accesorio, la comida -o su carencia- informa y motiva las acciones de Lázaro y es el móvil que genera la trama de la novela.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. *Lazarillo de Tormes*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Cátedra/Letras Hispánicas, 1987.
- Bennassar, B. *La España de los Austrias*. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.
- Cacho Casal, Rodrigo. “El ingenio del arte: introducción a la poesía burlesca del Siglo de Oro”. *Criticón* 100 (2007): 9-26.
- Ceribelli, Alessandra. “Comida y bebida en la poesía de Francisco de Quevedo”.
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española, 1787.
- Del Val, J. *Novela picaresca. Textos escogidos*. Madrid: Taurus, 1967.
- Díez Borque, José María. *La vida española en el Siglo de Oro*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1990.
- Garrido Aranda, A. *Cultura alimentaria de España y América*. Huesca: La Val de Onsera, 1995.
- Herrero, Javier. “The Great Icons of Lazarillo: The Bull, the Wine, the Sausage, and the Turnip.” *Ideologies and Literature* 1:5 (1978): 3-18.
- López Piñero, J.M. *El Vanquete de nobles caballeros (1530) de Luis Lobera de Avila y la higiene individual del siglo XVI*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1991.
- Luján, Néstor. *Historia de la Gastronomía*. Barcelona: Folio, 1997.
- Maiorino, Giancarlo Maiorino. *At the Margins of the Renaissance: Lazarillo de Tormes and the Picaresque Art of Survival*. University Park: The Pennsylvania State UP, 2003.
- Martinez Llopis, M. *Historia de la Gastronomía Española*. Madrid: Alianza, 1998.
- Martinez Montaña, F. *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería*. Madrid, 1822.
- Moreyra, Víctor. “Los vicios capitales en la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino: la gula”.
http://www.mercaba.org/ARTICULOS/V/VICIOS/gula_moreyra.htm
- Pérez Samper, María de los Ángeles. “La comida escrita en la España del Siglo de Oro”. *Food & History* 2.1 (2004): 85-136.
- Reed, Helen H. “Dining with Lazarillo: The Discourse of Pleasure in *Lazarillo de Tormes*.” *Crítica hispánica*, 19:1-2 (1997): 57-74.
- Tuñón de Lara, M. *La frustración de un imperio (1476-1714)*. Barcelona: Labor, 1989.
- Toussaint-Samat, M. *Historia natural y moral de los alimentos*. Madrid: Alianza, 1987.
- Villegas Becerril, Almudena. “Hábitos alimentarios y cocina del *Quijote*”. *Ámbitos. Revista de Estudios de Ciencias sociales y Humanidades* 13 (2005): 23-27.